

The image is a cover for a Warhammer 40,000 book. It features a large, blue and gold armored warrior, the Indomitus, in the upper half. The warrior has a skull on its chest and is holding a glowing green sword. In the lower half, there is a smaller, more detailed view of a warrior in dark, intricate armor, also holding a weapon. The background is a dark, atmospheric scene with a grid pattern.

WARHAMMER
40,000

INDOMITUS

GAV THORPE

minotauro



INDOMITUS

GAV THORPE

minotauro

Título original: *Indomitus*

Traducción: Patricia Nunes Martínez 2021
Revisión de Juan Pascual Martínez Fernández

Indomitus © Copyright Games Workshop Limited 2020.

Indomitus, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o TM, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.
Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada en Gran Bretaña en 2020 por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© de la traducción, Games Workshop Limited, 2020. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Ilustración de cubierta de Paul Dainton

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
Minotauro, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-1167-6
Preimpresión: El Taller del Llibre
Depósito legal: B. 11.714-2021

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

CAPÍTULO UNO

—Serán puros de espíritu y fuertes de cuerpo, libres de la duda y de la mácula de la soberbia.

Praxamedes había hablado sin pensar; las palabras del Codex Astar-tes se le habían escapado de la boca antes de que pudiera contenerlas.

—¿Estás criticando a un oficial superior, teniente Praxamedes?
—preguntó Aeschelus mientras apartaba la vista de la pantalla principal del puente de mando.

El capitán de los Ultramarines cruzó el strategium del *Venganza de Ithraca*, y fue hacia donde se encontraba su segundo al mando junto al otro teniente del equipo de trabajo, Nemetus.

El pulido azul de su armadura jugueteaba con el destello ambarino de las luces de la consola, salpicado por el brillo del plasma del videolito que dominaba la pared de la gran sala de mando. Servidores esclavos tácticos, conectados a los terminales y a las consolas de los augures, gruñían y farfullaban sus flujos de datos a supervisores vestidos con túnicas azules, que a su vez compilaban informes para sus oficiales Space Marines. Detrás de ellos, el capitán de crucero Oryk Oloris, vestido con unos pesados pantalones remetidos en unas botas hasta la rodilla y una

camisa blanca y limpia bajo la túnica del uniforme de Ultramarines, rondaba por la cubierta con ojo avizor.

Al instante, Praxamedes se arrepintió de su deslíz.

—Como estudioso de las enseñanzas del primarca, sabrás que el Codex Astartes tiene mucho que decir sobre la cadena de mando. —Aeschelus se acercó a sus dos oficiales y se puso delante de la pantalla principal. Abrió la mano y señaló la nave espacial que vagaba a la deriva entre las estrellas, de la que salían disparadas plumas de plasma azul y blanco de un reactor averiado—. Nuestros informes preliminares indican que hemos incapacitado su red de armamento. La amenaza es mínima.

—Mis palabras, hermano capitán, iban dirigidas al intenso deseo de Nemetus de liderar el abordaje —explicó Praxamedes a su superior—. Aún hay naves enemigas en las proximidades.

—Dos destructores —minimizó Nemetus—. Una presa demasiado veloz para cazarla nosotros solos. En cuanto comencemos la persecución, desaparecerán entre los asteroides y las nubes de gas, en los límites de la tercera esfera orbital. ¿Los seguirías ahí, sabiendo que podrían volverse contra nosotros protegidos por la saturación de nuestros escáneres?

—No he sugerido eso, hermano teniente —replicó Praxamedes con el ceño fruncido. De vez en cuando, Nemetus cometía el error de protestar por una mala estrategia que, de hecho, aún no se había propuesto, quizá solo para demostrar que él ya había pensado en esa opción y la había descartado—. Nuestro principal objetivo es la destrucción del enemigo. El abordaje conlleva riesgos innecesarios en un momento en que los grupos de batalla de la Flota Quintus deben conservar sus fuerzas.

—Es un crucero de la clase Hellbringer —indicó Nemetus—. Nadie ha construido uno en los últimos ocho mil años. Es una pieza de arqueotecnología.

—El primarca también está muy interesado en cualquier información que podamos conseguir de sus cogitadores —indicó Aeschelus—. Estamos en la vanguardia de la cruzada, y nos encontramos con enemigos que entran frescos en batalla. Esta es una nave de asalto pensada para ataques planetarios. Quizá esta nave venga de más allá de la Cicatrix Maledictum y pueda darnos alguna pista sobre lo que está ocurrien-

do en el Imperium Nihilus, perdido más allá de las fisuras de la disformidad.

En esta ocasión, Praxamedes supo contener la lengua, y deseó que toda esa conversación se olvidara. Aeschelus notó la reticencia de su teniente y continuó:

—Llamas a la cautela ante un recurso agotado, lo que es loable, aunque yo nunca malgastaría la vida de los guerreros del primarca de forma innecesaria.

Aeschelus permitió que su voz llegara un poco más lejos, para que la oyeran otros miembros de la tripulación de mando por todo el strategium. Era típico de su habilidad en el mando el transformar posibles protestas en un momento para inspirar a los demás. Era una destreza de la que Praxamedes carecía, y no tenía ni idea de cómo adquirirla, a pesar de todos sus esfuerzos.

—Según calculan los cronómetros de a bordo, durante casi una década hemos luchado con todas nuestras fuerzas en la cruzada del primarca. Al principio hubo traiciones y catástrofes, y se sufrieron pérdidas incluso antes de que la flota partiese de Terra. Nuestro propio grupo de trabajo perdió a su noble señor en esa purga de plagas. Los que están aquí desde antes de que eso ocurriera ya sabían que no habría victorias fáciles, que una galaxia hecha pedazos por la brujería de nuestros enemigos no sería la zona de batalla que elegiríamos. Sin embargo, incluso el más pesimista de nosotros no se habría imaginado los incontables reveses y obstáculos que la Flota Quintus se ha encontrado en su camino.

»Cada victoria se ha logrado gracias a un gran esfuerzo, y nos hemos encontrado con más adversidades que otras flotas. Debemos vencer a cada uno de nuestros enemigos por turnos; tenemos que aferrarnos a cada oportunidad para levantarnos de las sombras de reveses pasados. Ante nosotros hay un premio, ganado por nuestro propio esfuerzo, que puede no solo mejorar la fortuna del *Venganza de Ithraca* o del Grupo de Batalla Faustus, sino quizá también levantar el ánimo de toda la Flota de Cruzada Quintus al ver que nuestros extraordinarios esfuerzos han valido la pena.

—Un premio que incluso ahora intenta escapárenos entre los dedos —rugió Nemetus, señalando hacia el videolito con la cabeza—. Mirad cómo se arrastra hacia los escombros estelares para buscar refugio en su interior. Debemos aprovechar el momento, hermano capitán.

—Y estoy preparado para dirigir el ataque, como siempre —dijo Praxamedes—. Como el teniente más veterano en servicio, para mí será un honor.

—No me cabe duda de que serás decidido y diligente en la ejecución del ataque, Praxamedes, pero creo que esta operación es más acorde con el temperamento de Nemetus. —El capitán centró toda su atención en el segundo teniente—. Reúne rápidamente a tu fuerza de abordaje. Hazte con el control del strategium del enemigo y extrae todo lo que puedas de los cogitadores.

—Necesitarás cargas para volar la nave cuando termines —sugirió Praxamedes.

—No será necesario —repuso Nemetus—. Parece que sus reactores ya están llegando a un estado crítico. En unas horas no quedará más que plasma.

—Razón de más para volar rápido y luchar con un único propósito —indicó Aeschelus.

—Si la misión está decidida, revisaré los datos del augur y calcularé los vectores de aproximación que os llevarán más rápido hasta el objetivo, hermano. —Praxamedes se llevó el puño al pecho para saludar al oficial que partía.

Nemetus respondió a ese gesto de respeto con una inclinación de cabeza.

—Por el primarca y el Emperador.

Cuando el teniente salió del strategium, Praxamedes se dirigió hacia las terminales del augur. Aeschelus le detuvo poniéndole una mano en el hombro. Le habló en voz baja:

—Sé que piensas que te infravaloro, Prax. Pronto te daré el mando de la batalla, te doy mi palabra. Es solo que...

—¿Que Nemetus es el más dinámico de los dos?

—Inquieto —replicó Aeschelus—. Nemetus es excelente en la acción directa. Dime la verdad, ¿preferirías que él te ofreciese la información y el soporte general para la expedición mientras tú diriges las escuadras? ¿Crees de verdad que es el mejor uso de tus aptitudes y de las tuyas?

Praxamedes no dijo nada. Ya había hablado demasiado y no quería seguir poniendo a prueba la paciencia de su superior. En realidad, él creía que, con sus ansias por demostrar su valía a ojos del primarca, era

Aeschelus el que se sentía infravalorado. Como muchos en las últimas cohortes de reclutas colocados al frente de la cruzada, Aeschelus no pertenecía a la flota cuando se produjeron los primeros desastres. No había sido testigo de cómo la esperanza y el entusiasmo por el potencial de la cruzada se habían apagado en cuestión de meses.

Quizá fuera mejor así. Praxamedes se conocía lo suficiente para admitir, para sí mismo y para los demás, que esas primeras experiencias le habían vuelto más pesimista de lo que lo era su nuevo comandante. El capitán esperaba que Nemetus portara gloria al *Venganza de Ithracca* con alguna acción temeraria, y Praxamedes era muy consciente de sus limitaciones en ese aspecto. No era carismático ni estaba dotado de una gran iniciativa. Era diligente y capaz, y quizá esas fueran las cualidades que el Grupo de Batalla Faustus necesitara en ese momento, cuando cualquier otro revés importante podría minar la moral de toda la Flota Quintus.

Pero a Aeschelus no le interesaban esas ideas, así que Praxamedes se las guardó.

—Como desees, hermano capitán —se limitó a contestar.

* * *

Aeschelus inclinó la cabeza para indicar a Praxamedes que se pusiera con sus tareas. Sin embargo, mientras el teniente se alejaba, el capitán percibió los reproches en su formalidad. Sin duda, su segundo al mando tenía buenas intenciones, pero negatividad era lo último que el mando necesitaba en ese momento. Por fin habían recibido informes con buenas noticias de los otros grupos de batalla, y aunque el Faustus aún debía trabajar duro contra las tormentas de la disformidad y un incesante cúmulo de ataques de traidores todos poco relevantes, pero los desviaban de sus objetivos, Aeschelus estaba decidido a lograr un avance decisivo.

Praxamedes tendía a pensar en términos tácticos, y carecía de la estrategia a largo plazo que habían inculcado a Aeschelus como parte de su entrenamiento rápido para el rango de capitán. Él y otros como él habían sido enviados a las vanguardias de la Cruzada Indomitus para aportar nuevas esperanzas, sobre todo a la Flota Quintus.

«Sangre fresca, energía fresca».

Esas habían sido las palabras del primarca. No las había oído en persona, ya que cuando Aeschelus fue puesto bajo su mando, señor Guilliman estaba lejos de Terra, comandando la cruzada. No fue como en los días en que partieron Praxamedes y las primeras flotas abanderadas. Ni fanfarria ni primarca. Solo refuerzos y una voluntad renovada de presionar a la oscuridad.

Algún día, quizá pronto, Aeschelus tendría ese honor. Un día se eruiría ante el primarca con la victoria, en reconocimiento por un esfuerzo que cambiaría la fortuna de la flota.

El capitán salió de su ensueño y se encontró a Oloris cerca de él con una placa de datos en la mano. El capitán de crucero se llevó un puño a la frente.

—Las últimas disposiciones de la flota, capitán. —El humano no aumentado le entregó la placa de datos y se retiró un paso, al mismo tiempo que se apartaba un mechón de pelo rubio del pálido rostro.

—¿Algo importante? —preguntó Aeschelus, que sabía que se podía confiar en Oloris para revisar la información relevante para su actual plan de acción.

—Se ha recibido la noticia de que el *Espada del Juicio* y el *Vaputian* han traspasado la disformidad para encontrarse con la flota de apoyo.

—Eso no nos deja a nadie en el flanco exterior. Un poco pronto para el reacondicionamiento.

Aeschelus fue bajando por el informe, pero Oloris le dio antes la respuesta:

—Ambas tuvieron un encuentro inesperado con una nave de guerra. Pudieron escapar, pero no antes de sufrir daños importantes.

Aeschelus encontró la entrada y accedió al informe del enfrentamiento.

—Sin identificar. Posible nave insignia. Baterías de lanzas pesadas superaron el rango de alcance de nuestras naves.

—Y nosotros, capitán —dijo Oloris. Vaciló, carraspeó para aclararse la garganta y continuó—: El teniente Praxamedes desea saber si vamos a proceder al abordaje.

Aeschelus alzó la vista. El teniente estaba en la consola del augur, claramente ocupado en sus preparativos, aunque su oído aumentado era más que capaz de captar la conversación entre el capitán y el capitán

de crucero. El protocolo indicaba que cualquier asunto concerniente al funcionamiento de la nave pasara por el capitán de crucero, pero era curioso que, en esta ocasión, Praxamedes no le hubiera preguntado directamente. Quizá estuviera siendo más prudente después de su momento de locuacidad, tan poco característico en él.

—¿Te preocupa algo, Prax? —preguntó el capitán, esperando que esa informalidad le demostrara a su subordinado que no lo estaba censurando—. ¿Crees que esta nave rebelde nos dará problemas?

—Es una posibilidad, capitán —contestó Praxamedes, apartándose de su trabajo—. El enfrentamiento con el *Espada del Juicio* tuvo lugar en algún momento de los dos últimos días, a solo setecientos veinte mil kilómetros de nuestra posición actual. ¿Y si es el Desolador?

—Me sorprende que des crédito a esas historias, teniente —replicó Aeschelus. Resopló burlón, agitando la cabeza—. ¿El Desolador? Rumores y habladurías. Las quejas de los oficiales reticentes de la Armada Imperial.

—¿Crees que no hay nada de cierto en los informes, capitán? —Praxamedes se acercó y lanzó una mirada hacia Oloris, que traicionó su acuerdo—. Siete naves perdidas o alejadas en los últimos treinta días, todas en este subsector.

—No hay ninguna nave fantasma que esté atacando con la celeridad de una fragata y desaparezca después. —Aeschelus alzó un dedo para silenciar a Oloris cuando este abrió la boca para hablar—. Sin duda, no es *El Noveno Ojo*; esa identificación se basó en un fragmento mínimo de un retorno en un agur y dispersiones en el comunicador. El Mando de los Grupos de Batalla insiste en que no hay presencia de la Legión Alfa en todo el sector. ¿Quieres que prescindamos del premio que hemos ganado basándonos en parloteos de los oficiales de la Armada?

—Quería aclarar nuestras intenciones, capitán —replicó Praxamedes seco—. Tu voluntad está clara.

—Así es —gruñó Aeschelus, ya irritado por la intervención del teniente—. Prepara tus cálculos para el teniente Nemetus lo antes posible.

Aeschelus volvió a mirar la nave a la deriva en la pantalla principal. Esa confusión y los rumores creados sobre ella eran solo uno de los muchos síntomas de los problemas de la baja moral de la flota. No debía culpar a Praxamedes por ser víctima de las mismas carencias que otros,

atrapados en la larga historia de desgracias, pero empezaba a afectar a su juicio. A pesar de lo que le había dicho al teniente, ese comportamiento irracional, unido a la excesiva familiaridad con la tripulación que no era Space Marine, hacía que Aeschelus se preguntara si Praxamedes estaba capacitado para cualquier tipo de mando en batalla.

Una vez dada la orden de abordaje, el tono a bordo del *Venganza de Ithrac* pasó de una vigilancia reflexiva a una actividad frenética. La tripulación de las cubiertas de artillería permaneció alerta, mientras las estaciones de sensores estudiaban de forma minuciosa el flanco roto del pesado crucero, buscando cualquier repentina señal de vida en su enemigo. Desde el puente de mando llegaron trayectorias de disparo que señalaban las brechas en la piel blindada del enemigo, seleccionadas para abrir camino al ataque. En las bahías de lanzamiento, el rugido de los motores de plasma se unía al golpeteo de las botas de las armaduras, lo que llenaba los muelles de lanzamiento con el sonido de la guerra inminente. Tecnosacerdotes vestidos de rojo graznaban y farfullaban sermones del Dios-Máquina para bendecir a sus acólitos antes del despegue; adeptos inferiores del Culto de Marte ungían con unguentos las armas y los sistemas de fijación de los objetivos de las cañoneras, mientras el humo con nanopartículas de los pebeteros entraba en los motores al ralentí para purificar su alimentación.

Escuadra tras escuadra, los equipos de abordaje fueron llegando a la cubierta de reunión entre las dos bahías de lanzamiento laterales. Nemetus iba de arriba abajo por el vestíbulo del centro de las bahías, pasando un ojo crítico por los treinta Space Marines en formación. De entre la dotación de la nave, había elegido a tres escuadras de Intercepsores, el pilar de las nuevas formaciones de Primaris. Firmes, presentando armas, una inmóvil línea azul de Ultramarines esperaba la orden de romper filas y subir a bordo de las cañoneras.

«Libres de la mácula de la soberbia».

Las palabras de Praxamedes le rondaban por la cabeza a Nemetus mientras este se preparaba para la batalla venidera. Tanto si se dirigía a Aeschelus como a Nemetus, esa línea del Codex Astartes dicha con tanta suavidad iba cargada con la misma intensidad que un grito proveniente de cualquier otra persona. Praxamedes era tranquilo, hasta el

punto de mostrarse frío y cauteloso en todo lo que decía. Hablar como lo acababa de hacer casi carecía de precedente.

Con el casco bajo el brazo, Nemetus caminó a lo largo de la fila inspeccionando a cada uno de los guerreros. Todos iban impecables, un mérito propio y de la dedicación al *armourium*. El sargento Villina se llevó el puño al pecho cuando Nemetus llegó una vez más al frente de la formación.

—Excelente, hermano sargento, ¡digno de un desfile ante el propio primarca!

—Y listos para mucho más que un simple desfile, hermano teniente —añadió el sargento veterano.

—Estoy seguro, Villina. Es un honor para mí tenerlos de nuevo bajo mi mando.

El códex *Principios preparatorios de la naturaleza del Adeptus Astartes* continuaba, y Nemetus se inspiró en las siguientes palabras del primarca: «Serán estrellas brillantes en el firmamento de la batalla, Ángeles de la Muerte cuyas alas relucientes portarán una rápida aniquilación a los enemigos del hombre».

«Una estrella brillante en el firmamento de la batalla».

Últimamente, las estrellas brillantes escaseaban, ya que el Imperio estaba plagado de enemigos tanto antiguos como modernos. Como alguien relativamente recién llegado a la Cruzada Indomitus, Nemetus había aprendido de lejos sobre su gran reconquista mientras pasaba por la transformación y el entrenamiento. Conocía el poder de las historias sobre las hazañas de los mejores guerreros de la humanidad. Había oído doblar las campanas por los triunfos del Señor Comandante, había escuchado los vítores que salían de cientos de miles de gargantas cuando se leían las grandes victorias desde los balcones-púlpitos. Como un Primaris Marine, tenía que ser el nuevo ejemplar de todo lo que representaba el Adeptus Astartes.

Sin embargo, las palabras de Praxamedes aún le carcomían.

Inquieto, pasó un ojo experto sobre los siguientes guerreros: una escuadra de Erradicadores, con los rifles de fusión preparados. Sería el equipo que entraría en combate cuando llegaran al *strategium* del enemigo. La mirada de Nemetus fue de ellos a los Intercesores, y se fijó en que la mayoría de su equipo de guerra era nuevo.

Muchos de los que estaban bajo el mando de Aeschelus habían sido

enviados como refuerzos a la Flota Quintus, como él mismo y Nemetus; solo unos cuantos habían servido antes y partieron de Terra al inicio de la cruzada. Praxamedes estaba entre los que habían sido testigos de las primeras luchas, las guerras más terribles y las campañas más tenaces. Había sido miembro de la Flota Quintus desde su formación, y fue subiendo de rango, mientras que Nemetus y Aeschelus, y no pocos de los demás, habían sido entrenados para sus funciones de oficiales. Tantas habían sido las bajas iniciales entre los Space Marines, una fuerza que vivía bajo el credo de dirigir desde la vanguardia, que en tres años las muertes entre los oficiales Primaris habían eliminado casi a la mitad de los líderes del Adeptus Astartes de la Flota Quintus. Las promociones en el campo de batalla y los rangos temporales eran un parche, pero no soluciones a largo plazo, así que Nemetus y muchos otros fueron entrenados para el mando desde el inicio de sus introducciones.

¿El desaire de Praxamedes iría dirigido a Aeschelus, un sutil reproche a un superior que había sido ascendido antes que él?

«Eso sería una descortesía hacia Praxamedes», pensó Nemetus. Los instantes anteriores a una batalla no eran el mejor momento para ponerse a sopesar las motivaciones de sus hermanos oficiales, y Nemetus sentía un gran respeto por su compañero teniente. Praxamedes solo había estado dando voz a su enfoque prudente de siempre, nada más.

Nemetus volvió su atención a los demás miembros de su expedición. Un poco apartados de los Intercesores se hallaban diez Saboteadores, dos escuadras de combate de especialistas en el asalto cuerpo a cuerpo, bajo las órdenes del sargento Dorium y el sargento Lato. Cubiertos con una armadura que incorporaba los más sofisticados sistemas de auspex internos, abrirían el camino a la fuerza principal; sus rifles bólder eran ideales para los cerrados espacios de una nave enemiga. Solo habían pasado unos días desde la última vez que entraron en acción, y su equipo contaba una historia diferente de la de los Intercesores. Aquí y allí, el teniente vio que la ceramita cubría algún daño reciente, y la pintura de sus túnicas estaba bastante arañada.

—¿Es eso sangre? —preguntó Nemetus, mientras dirigía un dedo acusador hacia el guantelete del hermano Sennecus.

El Saboteador alzó la mano y se la inspeccionó. Flexionó los dedos acorazados y manchados de rojo.

—Sí, mi teniente —contestó Sennecus—. En nuestro último en-

frentamiento le arranqué el corazón a un secesionista. La marca roja es un trofeo de nuestra victoria, hermano teniente.

—Sí, ya he oído hablar de esta «pintura de guerra», hermano.

Nemetus se acercó un paso, y estaba a punto de ejecutar su castigo cuando una voz cortó el aire de la cubierta de reunión.

—Un memorial adecuado para un traidor —dijo la voz áspera de Judiciar Admonius.

Con una armadura negra, el Judiciar resultaba una figura siniestra. De la cintura le colgaba un enorme reloj de arena, lleno de arena oscura: su tempormortis. Cada grano provenía de los restos de la estación Callosi, una instalación renegada que había sido atomizada en el primer enfrentamiento del Grupo de Batalla Faustus. El fanatismo de Admonius durante esa acción sirvió para que lo reclutaran como Judiciar, en el camino de convertirse en Capellán.

La dedicación que llevó a Admonius a las filas del Reclusiam aumentó cuando lo aceptaron, como si temiera que su categoría de novicio fuera contra él. Nemetus sabía que era mejor no contradecir al Judiciar y prefirió alzar el puño para saludarlo.

—¿Te unes a la fuerza de abordaje, hermano Judiciar?

—Por supuesto. Mi obligación es seguir la guerra contra los traidores con todo el fervor. ¿Creías que dejaría pasar esta oportunidad?

Nemetus se dio cuenta de que era una pregunta retórica, y volvió a centrarse en los guerreros que estaban bajo su mando.

—Hermanos. —Respiró hondo e intentó no prestar atención a los pensamientos que le recomían.

Soberbia.

¿Era realmente culpable de ese crimen?

—Hermanos —comenzó de nuevo, y se inspiró en su estado de ánimo—. Algunos de vosotros ya habéis alzado las armas junto a mí en la batalla antes de este día. Muchos no, porque es el primer enfrentamiento con el enemigo desde vuestras misiones preparatorias. No importa. Todos somos Adeptus Astartes. Todos somos hijos de señor Guilliman. Todos servimos al Emperador.

No pudo resistirse a mirar al Judiciar Admonius antes de continuar:

—No luchamos por nosotros, aunque debemos nuestro compromiso a nuestros hermanos. Fuimos creados para liderar una guerra mayor que cualquier guerrero por sí solo. Nuestros enemigos no parecen tener

límite, pero se lo encontraremos. Mataremos a tantos como sea necesario, hasta que la galaxia vuelva a ser segura para el dominio de la humanidad.

Respiró de nuevo, reafirmandose, encontrando el rumbo en sus propias palabras:

—Recordad que cada golpe que deis, cada bala que disparéis, es para cumplir un único deber. Sabed también que a nuestra espalda se halla todo el Imperium, su voluntad es reconquistar los reinos perdidos, liberar a los mundos esclavizados y destruir al enemigo oscuro que ha hecho que esta ira caiga sobre él. Vosotros sois quien daréis cumplimiento a esa voluntad. Sois la fuerza del Emperador hecha forma. ¡Luchad bien y no moriréis, porque vuestros nombres vivirán por siempre en la gloria!

Mientras su grito triunfal reverberaba por toda la cubierta, Nemetus les indicó que comenzaran a embarcar. Notó que Admonius estaba junto a él y volvió la mirada hacia el Capellán residente.

—Bonito discurso —dijo el Judiciar—. Ahora haz que tus actos se hagan eco de tus palabras.